

Los Maestros de la Ciencia: Armando Tiíousséau^{1A}

(1801-1867)

Trousseau nació en Tours el 14 de octubre de 1801. A costa de muchos sacrificios y privaciones, su familia consiguió costearle los estudios secundarios. Terminados éstos, obtuvo un puesto de maestro de estudios en el colegio de Chateauroux, donde "comido y vestido," ganaba 100 francos al año. Llamado un día a sustituir a un profesor enfermo, demostró tan brillantes cualidades que le nombraron profesor de retórica. Su sueldo pasó bruscamente a 1.200 francos. Trousseau no tenía aún veinte años.

Su encuentro con Bretonneau fue decisivo. Le aconsejó que estudiase la carrera de medicina, siguió Trousseau el consejo y a los 25 años presentó su tesis. Al año siguiente obtenía por oposición una cátedra en París y era nombrado al mismo tiempo, cirujano-jefe del hospital de Tours. Renunció a este último cargo y se trasladó a la capital.

El comienzo de su brillante carrera puede situarse en 1828, año en que se trasladó a Sologne con objeto de estudiar la epizootia que diezmaba al ganado y, especialmente, la difteria que hacía numerosas víctimas. Allí practicó por primera vez la traqueotomía.

Trousseau solicitó después la autorización de trasladarse a Gibraltar para estudiar la fiebre amarilla que hacía muchas víctimas. Contrajo la enfermedad pero tuvo la suerte de vencerla.

En 1831, fue nombrado médico de los hospitales y, en 1832, sus-

tituyó al profesor Recamfer—Erf" 1837 obtuvo el Gran Premio de Medicina con su memoria sobre la tisis de la laringe. En ese mismo año obtuvo la cátedra de terapéutica y de materia médica, siendo seguidos sus cursos, hasta 1842, por numeroso público. Sin embargo, no descuidó la clínica y en el hospital de Niños-Enfermos dio varias conferencias sobre las enfermedades de los recién nacidos. En esa época fue cuando publicó con Pidoux su "Tratado de terapéutica y de materia médica."

En 1852, consiguió el puesto de profesor de clínica en el Hotel-Dieu. Allí escribió sus "Clínicas del Hotel-Dieu" que tuvieron una repercusión considerable.

En 1856, fue elegido miembro de la Academia de Medicina, sección de terapéutica, por 54 votos contra 18.

Sin embargo, poniendo en práctica sus principios, Trousseau exigió su retiro a los 62 años. Siempre había dicho que cuando no se puede progresar se retrocede. Su salud, por otra parte, comenzaba a alterarse y los trastornos digestivos que padecía eran cada día más dolorosos. El 1º de enero dijo a sus amigos: "Estoy perdido, esta noche se me ha declarado una flegmasía que no me deja ninguna duda respecto a la índole de mi dolencia." El mismo había descubierto la relación de la flebitis venosa del miembro inferior con el cáncer del estómago. Murió cinco me-

ses después, el 23 de junio de 1867.

Trousseau fue uno de los médicos franceses más eminentes del siglo XIX. Renovó la terapéutica sistematizándola y dándole el sentido de su utilidad, Forget llamaba a su tratado "la piedra filosofal de la medicina." Fue un monumento levantado al arte de curar, pues Trousseau decía que cuando la medicina es activa se convierte en un arte y se proclamaba artista. Jamás fue un científico puro; se detenía ante las concepciones abstractas para convertirse en un discípulo del método experimental. Ponia de relieve las imperfecciones de la medicina, en la que no hay reglas absolutas ni resultados idénticos. La medicina no puede todavía proclamarse una ciencia; debe ser ante todo un arte en el que la inteligencia, la intuición y la penetración del médico deben discernir los datos indicadores. Pero no negaba la necesidad de ser un espíritu científico. Para cuidar hay que elegir y la elección supone la idea de lo que puede ser útil. Esta elección la hacía Trousseau con conocimiento de causa. Sin embargo, no se aferraba nunca a una idea o a una opinión y cuando se daba cuenta de lo que hasta entonces había sostenido era falso lo abandonaba sin amor propio: "¡Cuántas gentes nacen—decía— con un espíritu que jamás se rinde a la verdad! Una vez que han adoptado una idea, la guardan y la conservan como si tuviesen vergüenza de haberse equivocado, como si en la ciencia que cultivamos no estuviésemos aprendiendo siempre."

Trousseau fue también un gran cirujano y como tal consiguió simplificar la técnica de dos operaciones hasta entonces muy difíciles de practicar: la traqueotomía y la toracocentesis.

La traqueotomía es una intervención que consiste en abrir la tráquea por encima de la laringe y en introducir una cánula. El enfermo, generalmente un diftérico, cuyas vías respiratorias superiores están obstruidas por falsas membranas respira de este modo directamente por la tráquea. Esta operación fue intentada por primera vez en Londres donde obtuvo un éxito bastante discutido. Bretonneau la repitió, pero fracasó en 1818 y en 1820, acertando solamente en 1825. Trousseau la practicó a su vez sobre una mujer de veintiséis años que padecía difteria y a quien salvó la vida. Repitió esta operación lo menos doscientas veces y obtuvo un resultado satisfactorio en la cuarta parte. Dio las reglas para la aplicación de la traqueotomía: momento preciso en que hay que practicarla, calidad de la atmósfera, forma y dimensiones del conducto metálico, naturaleza y disposición de la tela que debe rodear el cuello.

Esta intervención quirúrgica le indujo a practicar la evacuación de los líquidos intra-torácicos ayudándose de un trocar. Ensayó por primera vez este método en la hija de un amigo suyo, el autor dramático Miguel Masson y la salvó. Más tarde, perfeccionando la técnica de esta operación, pudo aliviar a muchos enfermos. Algunos años después, Dieulafoy descu-

Torio el método de aspiración que perfecciona un método de terapéutica y de exploración inmejorable.

La propagación de estas dos operaciones fue una de las glorias de Trousseau, "las dos hijas inmortales" del gran clínico que muestran, quizás más que el resto de su obra, lo apegado que estaba a las necesidades prácticas. Trousseau se formó en la cabecera de los enfermos y en el hospital. Buscó siempre en la medicina el arte de curar. Para él la patología es un medio, la terapéutica un fin y las concepciones patológicas tienen valor siempre que puedan llegar a la acción. "Es hermoso sin duda— dice Béclard en su elogio de Trousseau— buscar las leyes de una terapéutica racional; este ideal es el que la medicina persigue desde Galeno con la noble ambición de alcanzarlo un día y es una de las glorias de nuestra ciencia perseguir el mismo fin con un entusiasmo cada vez mayor. Pero la solución de este problema es obra del tiempo. El enfermo no puede esperar; el médico debe actuar; ésta es su misión social y en ello reside su grandeza y su peligro."

Sin embargo, las necesidades de la acción práctica no impidieron a Trousseau salirse del cuadro de estrechas concepciones médicas y cada vez se apartaba más de las que habían sido suyas cuando con Pidoux publicó su Tratado de terapéutica y de materia médica. En una de sus últimas lecciones clínicas del Hotel Dieu, vislumbraba el brillante porvenir y el alcance inmenso de los trabajos de Pas-

fceur. Puesto que todas las fermentaciones son debidas a la presencia y a la multiplicación de seres organizados, la teoría de los fermentos es pues una acción orgánica. "Todo fermento es un germen en el que la vida se manifiesta por medio de una secreción especial¹? y, con una intuición genial, presentaba la acción patógena de los microbios. "Puede que suceda lo mismo —decía— con los virus mórbidos. Puede que sean fermentos que, depositados en el organismo en un momento dado y en circunstancias determinadas, se manifiestan por medio de productos múltiples. Por consiguiente, el fermento varioloso da la fermentación variólica de donde nacen miles de pústulas..." Pero, a pesar de que estas palabras hubiesen debido hacer vislumbrar la era bacteriana que se preparaba y que era inminente, no tuvieron en aquella época ningún eco en la Academia de Medicina.

Trousseau fue también un gran maestro de la clínica y enseñó a una generación de médicos notables. Hacía observaciones ingeniosas, tenía una dicción pura y elegante, la voz clara y justa. Sus descripciones eran como pinturas delicadas en las que la gracia de la palabra iba unida a la fuerza del pensamiento. Definía minuciosamente los tipos de las enfermedades, buscaba en la botánica comparaciones con las nociones de especies y empleaba con frecuencia los términos propios de esta ciencia. Pero esto no eran sino imágenes para impresionar el espíritu. No iba más allá y sabía entenderse

en el umbral de las concepciones peligrosas. Si hablaba algunas veces de gérmenes adormecidos, de diátesis, que calificaba de disposiciones mórbidas en potencia, cuyas raíces están en la herencia, desechaba los conceptos abstractos y se vanagloriaba de no pertenecer a ninguna doctrina, pensando que la mayor parte de ellas se componen de algunas verdades y que si se sostenía una de ellas no había razón para desechar las demás.

Como clínico propiamente dicho, Trousseau tuvo el mérito insigne de estudiar y de analizar los síntomas y la evolución de muchas enfermedades. No se detuvo en una edad definida. Conoció a fondo tanto la patología de la infancia como la de la edad adulta, o la de la vejez. Estudió el sistema nervioso, el aparato digestivo, el aparato respiratorio. Describió notablemente la epilepsia, las neuralgias epileptiformes, las convulsiones de la infancia, del tétano, de la

rea, de la parálisis agitante ("en la que el enfermo corre tras de su centro de gravedad sin conseguir alcanzarlo jamás") y de la parálisis labio-glosso-laríngea. Después de haber estudiado Broca la lesión hizo una pintura exacta de la afasia. Después de Duchenne de Boulogne, que fue el primero en describirla, Trousseau estudió la ataxia y la lección que hizo fue tan precisa que hasta el mismo Duchenne de Boulogne le dio las gracias "por haber explicado al fin la ataxia locomotriz."

Trousseau fue, en su tiempo, una de las grandes figuras de la Medicina y si no hizo descubrimientos sensacionales, supo utilizar, aplicar y perfeccionar los de los demás. Su genio práctico dotó a la terapéutica de un nuevo esplendor, su espíritu de observación le permitió descubrir enfermedades hasta entonces mal conocidas. Fue uno de los que prepararon el camino de